

# **LOS MALDITOS**

**Hombres y mujeres excluidos de la  
historia oficial de los argentinos**

**Obra colectiva**

**Coordinador: Norberto Galasso**

**Ed. Madres de Plaza de Mayo  
Buenos Aires, 2005**

*Selección 1*

## Índice

Introducción.....	3
Moreno, Mariano.....	6
French, Domingo.....	9
San Martín, José Francisco de.....	11
Artigas, José Gervasio.....	15
Azurduy, Juana.....	17
Rosas, Juan Manuel de.....	19
Varela, Felipe.....	22

## INTRODUCCIÓN

En la Argentina de los últimos años se ha puesto de moda hablar de "malditos". Pero, como en toda moda, este suceso conlleva un cierto perfil de frivolidad y oportunismo, como si se tratara simplemente de deslumbrar al lector con un apellido desconocido o un hecho insólito. "Vamos a hablar de Malditos", se afirma con aires conspirativos, como si ya se estuviera a punto de encender una bomba cuyo estallido hará crujir los cimientos de la sociedad.

Sin embargo, generalmente resulta que los "malditos" de que se habla no son tales, ya sea porque han sido olvidados, no por discriminación, sino porque no han dado contribuciones de importancia como obra o ejemplo de vida, o porque se trata de personajes que no obstante su fraseología estruendosa han sido captados por las minorías poseedoras e inclusive han gozado de condecoraciones, columnas en periódicos y editoriales a su servicio.

Por ello, conviene precisar que es lo que entendemos por "maldito", según la caracterización realizada por don Arturo Jauretche quien popularizó esta palabra a lo largo de su vida plena de polémicas y ensayos críticos.

Para ingresar al tema, debe recordarse aquel viejo apotegma de Marx, tan olvidado por la izquierda tradicional de la Argentina: "En toda sociedad, las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante". Ella difunde naturalmente su concepción del mundo y del país -porque es sobre todo "clase para sí", con clara conciencia de sus intereses- a través de los medios de comunicación que posee, dado su poder económico. A través de los mismos, también otorga fama y prestigio a los intelectuales que se convierten en sus portavoces, ya sea por acción, repitiendo lo que ella piensa y venera, o por omisión, cuidándose de no mencionar aquello que ella esconde, mutila o silencia. Así, Jauretche aludía a los escritores e historiadores "con cama adentro", como las empleadas domésticas de la vieja época y además, a los intelectuales "comprometidos... a no comprometerse". Con ellos, la clase dominante nutre las academias, las cátedras universitarias y los círculos artísticos, de un extremo al otro del arco iris semicolonial, desde los exquisitos y bienpensantes de la torre de marfil hasta los aparentes iconoclastas de la transgresión por la transgresión misma.

Por otra parte, el control del poder político posibilita que esa clase coloree a la enseñanza, en los distintos niveles, con su propia interpretación, cerrando el paso a ideas o enfoques disidentes, aunque cuidándose de ofrecer su ideología no como una más sino como la única: "la" historia argentina, "la" economía de la Argentina, "la" literatura. Esa imposición es más evidente en algunas áreas del conocimiento, como la economía, por ejemplo, pero también se produce en el terreno más complejo y enigmático del arte. En el manifiesto del grupo Espartaco, lanzado en 1957, el artista plástico Ricardo Carpani sostuvo: "La oligarquía, agente y aliada del imperialismo, controla directa o indirectamente los principales resortes de nuestra cultura y a través de ellos, enaltece o sume en el olvido a los artistas, seleccionando únicamente a aquellos que la sirven...

Ella se caracteriza en el plano cultural por una mentalidad extranjerizante, despreciativa de todo lo genuinamente nacional y por lo tanto, popular. El resultado de todo eso es que el artista (se refiere al plástico, pero es extensivo al campo de la literatura y aún al de la ciencia) no tiene otro camino para triunfar que el de la renuncia a la libertad creadora, acomodando su producción a los gustos y exigencias de esa clase, lo que implica su divorcio de las mayorías populares que constituyen el elemento fundamental de nuestra realidad nacional. Es así como, al dar la espalda a las necesidades y luchas del hombre latinoamericano, vacía de contenido su obra, castrándola de toda significación, pues ya no tiene nada trascendente que decir. Se limita entonces a un mero juego con los elementos plásticos (también, diríamos, literarios, etc.) virtuosismo inexpressivo -en algunos casos, de excelente técnica- pero de ninguna manera arte, ya que éste solo es posible cuando se produce una total identificación del artista con la realidad de su medio".

Es decir, el arte existe cuando es auténtico, de otra manera, es "plagio sistematizado,

repetición de viejas y nuevas fórmulas", inclusive cuando su único propósito es difundir un mensaje político pues en estos casos es preferible recurrir a las fotografías, las fotocopias o a los volantes publicitarios por encargo, que no son obras artísticas. Quien, en cambio, vuelca sus emociones más hondas en un grabado o en un poema, si ellas se corresponden con el drama social en que está inserto, hace arte verdadero, aún cuando no se lo haya propuesto. Y ese arte, en la concepción del grupo Espartaco, "en la medida en que llama y despierta el inconsciente colectivo, pone en movimiento las más confusas aspiraciones y deseos, exalta y sublima todas las represiones a que se ve sometido el hombre moderno, es un poderoso e irresistible instrumento de liberación". Por eso, la clase dominante discrimina y silencia a los pintores y novelistas en cuyas obras alienta el verdadero arte capaz de ser percibido profundamente por las masas, conmoviéndolas, es decir, ayudándolas en el camino hacia su libertad.

De esta manera, las clases privilegiadas fabrican el consenso que necesitan para no reprimir cotidianamente, situación de inestabilidad que perjudicaría sus negocios y amenazaría con el agrietamiento del sistema. Por supuesto, a medida que esa superestructura ideológica -"la sabia organización de la ignorancia", como diría Scalabrini- empieza a agrietarse y a desmoronarse, la posibilidad de la represión -y hasta de la guerra civil es mayor.

Esto ocurre en todos los países y en todos los tiempos. John William Cooke afirmaba: "El Diccionario lo ha escrito la clase poseedora". Basta observar que cuando, en el mundo, hablamos de izquierda y derecha, encontramos con que "izquierda" tiene un sinónimo descalificatorio: "siniestra", que también quiere decir: "avieso", "malintencionado", "desgraciado", "funesto" y "siniestro" que significa "destrucción", "incendio", "perjuicio", "accidente". En cambio, "derecha" posee un sinónimo de alta calificación: "diestro", que también quiere decir: "justo", "fundado", "razonable", "legítimo", "hábil". Por supuesto, en la Argentina estas categorías deben ser definidas teniendo en cuenta la cuestión nacional que divide las aguas y no abstractamente por remedo de la Revolución Francesa, pero igualmente mantienen su connotación, sólo que la derecha del campo nacional pasa a jugar en el campo antinacional (José Félix Uriburu, Eduardo Lonardi, Juan C. Onganía). Por otra parte, en un "diccionario" sarmientino, "nacional" es equivalente a "bárbaro" y "europeo" significa "civilizador".

También es cierto que aunque todos los opresores del mundo utilicen estos mecanismos -que Jauretche llama de "azonzamiento"- es preciso conocerlos y denunciarlos, aquí y ahora, para precaver precisamente, a las masas populares, de ese posible azonzamiento. La nomenclatura catastral, por ejemplo, puede parecer ingenua o producto de la improvisación de algún concejal, pero es otro de los instrumentos de dominación. Ricardo Rojas la llamaba "la pedagogía de las estatuas", en tanto instalaba como modelos a hombres que habían servido a esa clase dominante y al mismo tiempo, ignoraba a aquellos que habían luchado contra ella. Es interesante recordar, por ejemplo, que en Mar del Plata, una misma calle se llamó "6 de setiembre" o "Hipólito Yrigoyen", según quien estaba en el poder y lo mismo ha ocurrido en Buenos Aires con una avenida que alternativamente se designó "Jorge Canning" o "Raúl Scalabrini Ortiz". Asimismo, mientras "Rivadavia" debe ser la calle más larga de todo el país, hay quien afirma que el pasajecito "Facundo", de 4 cuadras, se denomina así en recuerdo del libro de Domingo F. Sarmiento y no de Facundo Quiroga, el caudillo riojano.

Por esta razón, todo intento de transformar el orden en procura de una sociedad mejor, debe comenzar por cuestionar ese discurso dominante, por aquella vieja enseñanza de que "las armas de la crítica preceden a la crítica de las armas". Así lo entendieron los enciclopedistas cuando le quebraron el cuello a las concepciones de la vieja Francia, abriendo el camino a los "descamisados" de París para que tomaran la Bastilla. Del mismo modo, John Locke, al convertirse en el crítico del absolutismo, legitimó ideológicamente la revolución inglesa liderada por Cromwell, así como los demócratas rusos, como Herzen, destruyeron los mitos del zarismo, facilitando la irrupción de Lenin y sus compañeros.

Esta crítica a la ideología dominante -ya sea a la concepción histórica, la teoría plástica, el enfoque geográfico, el programa económico, hasta inclusive la óptica de la ciencia, etc.- encuentra siempre dificultades para expresarse y difundirse. Los sectores dominantes defienden sus trincheras intelectuales con gran pasión pues saben que su derrota, en ese

campo, constituye la antesala de su derrumbe del poder. Recurren así, en momentos de gran tensión de la lucha entre las clases, a la persecución, la cárcel, el destierro, hasta el fusilamiento, pero, en épocas de relativo equilibrio social, los mecanismos son otros: el cierre de las columnas periodísticas, la negativa de las editoriales a publicar ciertas obras, el no ingreso a los niveles de la enseñanza de determinados libros o determinados autores, la descalificación desde los estrados de conferencias o simplemente, "el olvido" de libros, diarios, políticos, científicos, etc., es decir, el mecanismo de la fama y el prestigio funcionando al revés. En cierto sentido, aplican "el fin de las ideologías", es decir "el pensamiento único" con ciertos matices que funcionan, como supuesta pluralidad, en la conformación del pensamiento de la sociedad toda. Jauretche señalará, con su campechanía habitual: "Nos azonzan".

Para el cumplimiento de esta tarea funciona esa superestructura cultural que la clase dominante maneja con suma habilidad, ofreciendo ciertas disonancias y hasta confrontaciones secundarias que no afectan la salud del sistema implantado, pero en la cual la verdadera concepción antagónica queda afuera, discriminada, silenciada, "maldita". El correlato político de este mecanismo se expresó en la Argentina en instituciones como la Junta, Consultiva, en 1955, o la Convención Constituyente reformadora de 1957: un amplísimo espectro ideológico, de derecha a izquierda, parecía cubrir los requisitos de la democracia más exigente... con el pequeño detalle de que el partido político mayoritario se hallaba proscripto. Así también había sido marginado de las elecciones el primer movimiento nacional -el irigoyenismo- en los años treinta, lo cual no impedía el funcionamiento de aquello que llamaban "instituciones democráticas". Con los años, el mecanismo se perfeccionaría y entonces, algunos estudiantes universitarios creerán tocar el cielo con las manos porque les toca en suerte un profesor que es un redomado izquierdista, admirador público de cuanta revolución se pueda producir en el mundo pero... casualmente, crítico de las opciones políticas de su propio pueblo... ese "pobre e inculto pueblo" al cual todavía "no se ha logrado concientizar", esos obreros que son "apenas una clase en sí", sin conciencia, ni interés por escuchar a los sesudos catedráticos, en definitiva, unos brutos ignorantes que solo saben votar a "los populistas". Muy excepcionalmente se filtra en alguna cátedra alguien cuyo antiimperialismo concreto se sustenta en la experiencia popular y normalmente, ése queda aislado, debilitada su influencia, no vaya a ser que sus ideas perniciosas logren ingresar a los tiernos cerebros de los jóvenes y cultivar en ellos, no ya la aurora redentora de la revolución abstracta, sino la convicción de luchar concretamente junto a las masas populares, "comprendiendo", pero además "sintiendo", como le exige Gramsci a los intelectuales.

De ahí que la apariencia de sabiduría que ostentan las facultades se traduce generalmente en conocimiento profundo de las ideas útiles al orden constituido: la Facultad de Ciencias Económicas no tiene por objeto generar "Calcagnos" sino "Cavallos" y "Martínez de Hoz", las escuelas de artes plásticas no se proponen estimular posibles "Carpanis" sino amables "Soldis", así como las carreras de letras ofrecen como modelo la orfebrería literaria de Borges, insuperable como tal, pero helada, vaciada de la emoción de un Costantini, un Orgambide o un Roberto Arlt.

"La escuela -afirma Jauretche- enseña a leer para que el alfabetizado lea textos donde se deforma la realidad y para que ya adulto, lea periódicos que cumplen la misma tarea. Con este criterio, actúan tanto el libro de la mayoría de las editoriales, como también la mayoría de las cátedras universitarias de manera que lo que se llama instrumentación de la cultura en el país, no es otra cosa que la adecuación de la inteligencia del argentino a las condiciones creadas por los intereses que dominan. Lo mismo sucede con los más modernos medios de publicidad donde excepcionalmente, diríamos por descuido de los directores, se puede oír una voz que desentona con la música monocorde o se aparta del libreto reiterado".

"El maldito" es, entonces, aquel que se atreve a impugnar ese discurso dominante, ya sea que cuestione los mitos políticos y económicos, refute el relato histórico, reivindique a aquellos que han sido premeditadamente "olvidados" o, en el plano artístico, levante una plástica, una literatura o una obra cinematográfica en clara confrontación con los criterios establecidos, lo cual puede extenderse también al campo de la ciencia y de la técnica. Cuando así ocurre, la maquinaria organizada por la clase dominante le sale al paso y le impone la sanción: silenciamiento, descalificación, marginación. Sucede que, a veces, no interesa el mayor o

menor grado de conciencia en la creación discordante, pero sí que ella cuestione objetivamente los enfoques o fábulas vigentes y que lo haga con fundamento y nivel adecuado. (Es el caso del libro "Las guerras civiles argentinas", importante aporte a la revisión histórica, no obstante que su autor, Juan Álvarez, era hombre del conservadorismo).

Entonces, la sentencia cae sobre el audaz. Difícilmente aparece alguna vez en la prensa, aunque sus valores literarios superen a Dante Alighieri. Sólo ocasionalmente ingresará a un salón de exposiciones, aunque sus pinceles puedan generar obras semejantes a las de Picasso. Sus poesías se leerán en algún sucucho mal iluminado, pero jamás llegarán a los suplementos literarios de los grandes diarios. Manuel Ugarte, uno de los "malditos", que sufrió más hondamente esa asfixia, señalaba: "En otros países se fusila... Es más noble."

De aquí que hayamos considerado necesario "resucitar" a esos "malditos" que son la contracara de los favoritos del sistema, para traerlos de nuevo a la lucha con sus historias, sus ideas, su espíritu cuestionador. Nos encontramos entonces varios argentinos provenientes de distintas experiencias pero coincidentes en la necesidad de este recupero y hemos trabajado en los últimos años sobre el tema. Nos unió, además del mismo interés por la investigación y la justicia histórica, la certeza de que -más allá de la dimensión y profundidad que alcanzara nuestra obra- evidenciaría la madurez de conciencia histórica a que estamos llegando los argentinos del campo popular, pues transitamos la construcción de otra historia, desde una óptica contraria a la oficial que ha prevalecido y prevalece en la academia, los niveles de la enseñanza, la nomenclatura catastral, revistas, diarios, etc. Establecimos entonces partes comunes para realizar la investigación [...]

### **MORENO, MARIANO (1778-1811)**

Corno se ha señalado, la maquinaria de difusión de las ideas manejada por la clase dominante silencia, omite o "maldice" a todos aquellos cuyas ideas ponen en cuestionamiento a la ideología que quiere hacer prevalecer. Pero ocurre, a veces, que el personaje es de tanta trascendencia que resulta imposible expurgarlo de la historia. En ese caso, se procede a vaciarlo de contenido, a deformar su imagen y trayectoria, en fin, a reemplazarlo por un sosias creado al efecto, pero a favor de los intereses dominantes. Así ocurre con Mariano Moreno.

La imagen que tradicionalmente ha difundido la escuela, con la apoyatura de la revista Billiken, es la siguiente: se trata de un joven enérgico, no en razón de sus ideas, sino del propio arrebatado de los años mozos, que se convierte, en el proceso revolucionario, en la contracara de Saavedra, partidario de la moderación, tampoco en razón de sus ideas, sino dada la mayor experiencia que otorgan los años. El entredicho sería simplemente "generacional" y desde este punto de vista, Moreno resulta algo más simpático que el Jefe de Patricios, pero una simpatía leve, por supuesto, incapaz de generar rebeldías o sueños peligrosos.

La fábula continúa señalando que este joven ardoroso fue un gran periodista y por haber fundado La Gazeta, merece unas flores en su monumento de Plaza Lorea, al conmemorarse el día del periodista. Asimismo, era altamente democrático y además, muy educado, incapaz de usar palabras groseras en su correspondencia. Su más importante ensayo sería un documento reclamando el comercio libre, conocido popularmente como "La representación de los hacendados"- programa de la Revolución de Mayo, según esta versión-, lo que permite alinearlos ideológicamente, como al resto de la Junta, en posición favorable al liberalismo económico. Por otra parte, como abogado defendió intereses de comerciantes británicos, lo cual resulta razonable en alguien que odia a todo lo español -según dicha versión- y entiende al Imperio Británico como la mayor expresión del progreso en el mundo. Por esta razón -después de su renuncia como secretario de la Junta- el gobierno le confió a una misión a Londres, pero desgraciadamente enfermó en el viaje y murió en alta mar. Al conocer la noticia, Saavedra habría dicho: "Se necesitaba tanta agua, para apagar tanto fuego". Pero, esta desgracia sería superada con la aparición, poco tiempo después, del continuador de su ideario: Bernardino Rivadavia.

La iconografía publicada por la revista *Billiken* se corresponde con esta descripción: un rostro redondo y plácido, con ojos soñadores y una especie de jopo amansado sobre la frente, rasgos propios de un pequeño burgués decente, de buenas costumbres y servidor del orden constituido. Los niños, emulando a este Moreno, seguramente podrán ser asesores de empresas extranjeras o legisladores "progresistas", capaces de preservar el orden y los valores dominantes, de modo que el país adquiriera prestigio en el mundo occidental y cristiano.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, esta imagen -ideológica y plástica- fue controvertida por datos provenientes de diverso origen. Poco a poco, la verdad se fue abriendo camino y el verdadero Moreno apareció. No era revolucionario sólo por ser joven sino por haber estudiado a los enciclopedistas franceses y a los teóricos de la revolución democrática española de 1808, así como Saavedra no era reaccionario en razón de su edad, sino por los intereses a los cuales estaba ligado. Mariano no era tampoco un periodista ingenuo, cultor de una inexistente libertad de prensa, sino que aconsejaba a la Junta editar pocas *Gazetas* cuando había noticias de derrotas y en cambio, aumentar notablemente el número cuando era posible difundir victorias. Tampoco era un creyente en la democracia formal, por lo cual metió a los jueces de la Audiencia en un barco junto con el virrey Cisneros y los desterró a las Canarias y luego, al enterarse de que los cabildantes también conspiraban, propuso ejecutarlos. La democracia verdadera residía -para él- en el gobierno de las mayorías populares ansiosas de una revolución, lo cual justificaba eliminar a la Audiencia y al Cabildo. Tampoco cultivaba un lenguaje educado y prudente pues a Chiclana le escribe, respecto a la decisión de Ortiz de Ocampo de no cumplir las instrucciones que mandaban fusilar a Liniers: "...pillaron nuestros hombres a los malvados, pero respetaron sus galones y cagándose en las estrechísimas órdenes de la Junta, nos los remiten presos a esta ciudad" (17/8/1810). Tampoco era antiespañol -no podía serlo perteneciendo a una familia española- sino que luchaba contra los españoles absolutistas, que no es lo mismo, ni era pro-británico pues consideraba a "Inglaterra una de las más intrigantes por los respetos del señorío de los mares y dirigirse siempre todas sus relaciones bajo el principio de la extensión de miras mercantiles, cuya ambición nunca ha podido disimular su carácter... A la Corte de Inglaterra le interesa que la América o parte de ella, se desuna o divida de España y forme por sí una sociedad separada donde Inglaterra ...pueda extender más sus miras mercantiles y ser la única por el señorío de los mares". Asimismo, advertía sobre el peligro de que ocurriese con América lo que ya ocurría con Portugal: "el abatimiento en que Inglaterra lo tiene por causa de su alianza" y que "...respecto a Brasil, "lo extenúe de tal suerte (a Portugal) que las colonias americanas se conviertan en inglesas algún día". Tampoco es partidario del liberalismo económico, pues sostenía: "Desde el gobierno del último virrey se han arruinado y destruido todos los canales de la felicidad pública por la concesión de la franquicia del comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado muchos quebrantos y perjuicios". Y agregaba: "Deben evitarse aquellas manufacturas que siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan". Con respecto a su muerte, existen fuertes indicios de que no falleció de muerte natural sino que fue envenenado por el capitán del barco quien le suministró un medicamento en dosis excesiva que le resultó letal (Su esposa había recibido, poco antes, un abanico de luto, un velo y un par de mitones negros. Conocido su embarque, el padre Azcurra proclama, como un triunfo: "Ya está embarcado y va a morir". En Buenos Aires circula la versión, al conocerse su muerte, de que ha sido envenenado).

Con respecto a la opinión de Saavedra, no sólo lo consideraba "fuego" sino que lo califica como "Demonio del Infierno"-carta a Chiclana, del 15/1/1811- y se refiere a "las ideas sanguinarias del morenismo". Finalmente, también en la iconografía se ha producido una deformación: el retrato de Moreno, obra del artista Juan de Dios Rivera, en el Alto Perú, lo muestra con cara angulosa, mejillas picadas de viruela y ojos amenazantes, es decir, un perfil de revolucionario que se corresponde con la imagen de quien regresaba a su casa, por las noches, con dos pistolas al cinto y no con la efigie plácidamente burguesa que se oficializó.

Este vaciamiento de Moreno se ha llevado a cabo omitiendo hechos, ignorando, por ejemplo, la correspondencia con Belgrano y fraguando un novelón sentimental sobre una vida jugada heroicamente por su patria. Pero, en especial, intenta sustentarse en el no reconocimiento del Plan de Operaciones que es, en verdad, el programa revolucionario de Mayo (y no la

representación de los Hacendados).

Este plan formula, en lo político, la necesidad de liquidar toda influencia absolutista reprimiendo severamente a los enemigos del pueblo, posición que coincide con el fusilamiento de Liniers, decidido por Moreno y con el ajusticiamiento de los generales Nieto, Paula Sanz y Córdoba, en el Alto Perú, aplicado por Castelli, cumpliendo las Instrucciones de Moreno. Además, considera imprescindible actuar severamente contra los opositores a la Revolución, aplicando destierros y expropiaciones contra los mismos, medidas que se toman contra potentados monárquicos como Beláustegui, Arroyo y Pinedo, Noguét, Pablo Villariño, el alzaguista Olaguer Reynals y otros. Asimismo, considera necesario ampliar la revolución, para lo cual sugiere recurrir, en la Banda Oriental, a José Artigas y sus amigos, táctica que luego se aplica, como así también el envío de dos expediciones, una al Alto Perú y la otra, al Paraguay, con los mismos fines.

En lo económico, propone fundar empresas estatales de armas y pólvora, como condición para hacer la guerra al absolutismo, empresas que efectivamente se ponen en marcha durante 1810. Asimismo, se opone a la rebaja de recargos aduaneros, a modo de proteccionismo, rebaja que recién implementa el Primer Triunvirato, gobierno de los enemigos del morenismo, en 1811.

Pero, además, el Plan de Operaciones formulado por Moreno, ante la inexistencia de capitales (o más bien, de una burguesía nacional) sostiene la necesidad de expropiar a los mineros del Alto Perú, para permitir una inversión "poniéndose al Estado en un orden de industrias (...) para desarrollar fábricas, artes, ingenios y demás establecimientos, como así en agricultura, navegación, etc." Es decir, postula al Estado como el único que puede realizar el rol de una burguesía ausente, dando respuesta a una cuestión que habría de plantearse en los siglos XIX y XX en todo proceso revolucionario tercermundista.

Asimismo, propugna una fuerte redistribución del ingreso:

**"Es máxima aprobada que las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un Estado, no sólo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un Estado, sino cuando también en nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad, demostrándose como una reunión de aguas estancadas que no ofrecen otras producciones sino para el terreno que ocupan pero que si corriendo rápidamente su curso, bañasen todas las partes de una a otra, no habría un solo individuo que no las disfrutase, sacando la utilidad que le proporcionase la subsistencia política, sin menoscabo y perjuicio". Con esta alegoría bucólica sustenta la tesis de la expropiación de los mineros del Alto Perú, para acumular un capital para echar las bases del Estado empresario, soluciones que aún hoy estremecen a los sectores del privilegio.**

Esta es la razón por la cual la historiografía oficial no puede admitir el Plan de Operaciones pues enseñado, en los colegios, sería la mejor lección para forjar ciudadanos decididos a realizar las transformaciones más profundas.

Quien quiera investigar las razones dadas para considerar apócrifo al Plan de Operaciones, puede informarse de la polémica en "La apoca de Mariano Moreno", de Rodolfo Puiggrós donde se comprenderá que la ardorosa impugnación de Groussac y Levene constituye la defensa a rajatabla de la versión tradicional de Moreno, sostenida por Mitre, quien, en su biografía de Belgrano, lo deforma a Moreno, vaciándolo de toda posición auténticamente revolucionaria, para fabricar así la leyenda de una revolución pro británica, sólo preocupada por el comercio libre. A su vez, podrá conocer las razones esgrimidas por Norberto Piñero y otros sustentando la veracidad de dicho plan. Comprobará asimismo que el historiador español Torrente, en 1829, ya se refería al Plan.

Finalmente, comprenderá que esta polémica ha llegado a su fin con la publicación de "Epifanía de la libertad; documentos secretos de la Revolución de Mayo", de Enrique Ruiz Guiñazú donde se transcribe la correspondencia entre Fernando VII y su hermana Carlota Joaquina, en la que se muestran horrorizados ante ese plan, "doctrina del doctor Moreno, que hicieron para

el método de gobierno revolucionario", esa gente de "bocas desaforadas", verdaderos "diablos con figura humana".

Sin Plan de Operaciones no hay programa revolucionario de Mayo, ni hay Moreno revolucionario, sino un anodino espectáculo de Plaza de Mayo con paraguas, donde un joven quiere actuar enérgicamente y un hombre con experiencia prefiere avanzar con calma. Pero, con Plan de Operaciones hay revolución y hay ejemplo a seguir, para los argentinos. Por eso, Levene confiesa el meollo de esta polémica y de esta impugnación al Plan: "para comprender la obra orgánica de la Revolución de Mayo se impone, en primer término, demostrar la apocrifidad del plan atribuido a Moreno y a la Junta". Así velaba Levene, no por la verdad histórica, sino por la custodia del orden constituido, evitando malos ejemplos en los párvulos inocentes, cuyas almas generosas podrían pretender -"demoníacamente"- un mundo mejor. A su vez, otro historiador -Guillermo Elordi- sostiene empecinadamente: "...Si en un día lejano apareciera el documento real (del Plan), escrito por Moreno y firmado por Moreno quedaría el consuelo a los que ahora no creen su realidad, de admitir, todavía, que no merece llevar la rúbrica del prócer". Pero la comparación entre las postulaciones del Plan, algunos artículos de La Gaceta, las instrucciones de Moreno a Castelli y en especial, las medidas concretas aplicadas por el Secretario de la Junta, permiten hoy aseverar que el Moreno del Plan es el Moreno verdadero, a quien French llamaba con admiración "el Sabiecito del Sur" y a quien denostaba Arroyo y Pinedo, antepasado del Federico Pinedo, en razón de las medidas adoptadas contra los grandes registreros, beneficiarios del viejo sistema comercial.

Asimismo, basta informarse del enfrentamiento del Primer Triunvirato (donde influyen Rivadavia y García) con los amigos de Moreno en 1811, que culmina en la disolución del primero y su reemplazo por el segundo Triunvirato (morenistas y gente de San Martín) para comprender que precisamente Rivadavia no fue la continuación del morenismo sino precisamente su antagonista.

Sin embargo, todavía el Moreno de semblante inocente y amable aparece en los cuadros de los colegios junto a su enemigo político, don Bernardino, mientras el verdadero Moreno puja por salir de las sombras.

(N.G.)

Puiggrós, Rodolfo. La época de Mariano Moreno. Sophos. Buenos Aires. 1949

Ruiz Guiñazú, Enrique. Epifanía de la libertad. Documentos secretos de la revolución de Mayo, Nova. Buenos Aires, 1952.

Levene, Ricardo. Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Peuser, Buenos Aires, 1960

Galasso, Norberto. Mariano Moreno, el Sabiecito del Sur. Ob. cit.

## **FRENCH, DOMINGO (1774-1826)**

La revista "Billiken" fijó en las mentes infantiles de millones de argentinos la imagen de un French repartidor de cintas blancas y celestes en una plaza de Mayo con paraguas, aquel 25 de mayo de 1810. Nada más -o muy poco- agregaron los textos escolares sobre ese dibujo acerca de quién era French, antes, durante y después de la revolución. ¿Se trata simplemente de un olvido o de uno de los tantos "vaciamientos" históricos para ocultar modelos que puedan resultar peligrosos?

¿Qué opinaba la clase dominante de aquel entonces acerca de French?

A este respecto, existe un documento contundente: en "La Gaceta Mercantil", en 1826, el señor Manuel de Arroyo y Pinedo destila veneno contra el repartidor de cintas (nada menos que alguien de las familias Arroyo y Pinedo, especialmente esta última de donde provendrá Federico Pinedo, ministro de Hacienda en la Década Infame y solícito defensor del capital extranjero). Dicho señor afirma lo siguiente: "Domingo French, a quien yo llamo de los Morenos; French, vuelvo a decir, ingrato por excelencia, cobarde sin compasión, inepto, inmoral, hombre de todos los partidos y consecuente con ninguno, hombre, en fin, que ha

muerto sin merecer la compasión de nadie; French, repito, olvidándose de sus compromisos y halagando las pasiones de Moreno, a quien él llamaba "el Sabiecito del Sur", se ve, por este hecho, coronel del regimiento de América, como que convenía a llenar las ideas de Moreno".

Desnudado el odio de clase que explica el silenciamiento, reconstruyamos brevemente quién era y que hizo Domingo French.

Nace en Buenos Aires, el 21 de noviembre de 1774. "Su situación económica no debía ser muy desahogada, porque comenzó a ganarse la vida como asalariado del Convento de "La Merced" y en 1802 consiguió, en la Administración de Correos, el puesto estable de "cartero único"; empleo que le reportaba un estipendio de "medio real y lo mismo, dos, por cada pliego o carta entregada a su respectivo destinatario en propia mano o a domicilio". Es decir, tenía a su cargo repartir la correspondencia por toda la ciudad que si bien era pequeña, ofrecía subidas y bajadas, baches, zanjas y barro los días de lluvia, se supone que con mayores dificultades que las que ofrece ahora. Caminando y caminando -como dice el poeta- French cumplía su tarea y significativamente se contactaba con mucha gente. El cansancio de sus pies, para alcanzar un salario gratificante, se compensaba con amistades y relaciones diversas, útiles más tarde cuando sobrevinieron épocas de cambio.

Ya en la lucha contra la invasión inglesa, evidenciaría que potencialmente estaba preparado para repartir algo más que cartas: "Teniente y Capitán de Húsares a raíz de la Reconquista, Sargento Mayor, después de la Defensa, cabecilla con prestigio entre los milicianos criollos, capitaneó a los amigos que sacaron a Pueyrredón del cuartel de Patricios para ocultarlo en casa de don Cornelio Zelaya y embarcarlo, posteriormente, en un navío ... que lo condujo a Río de Janeiro".

Por supuesto, el 22 de mayo vota en el Cabildo Abierto por la cesación del virrey y en esos días, junto con Berutti, Dupuy,

Donado y otros activistas, se pone en comunicación con Moreno, quien les resulta el hombre de mayor claridad y audacia política entre los revolucionarios. A partir de allí, es un morenista convencido, cuya admiración por el joven abogado lo lleva a apodarlo "El Sabiecito del Sur".

En los decisivos días de mayo -según "Relato de un testigo"- "French, el del Correo y Beruti, el de las Cajas, habían ocupado la Plaza al frente de bastante porción de encapotados con cintas blancas al sombrero y casaca, *en* señal de unión entre americanos y europeos y el retrato de nuestro amado monarca en el cintillo del sombrero, del que vestían a todo el que pasaba por allí". Llegado el 25, compone el grupo que prorrumpe tumultuosamente en el Cabildo y con las armas en la mano, arranca a los cabildantes la aceptación de una Junta Popular para reemplazar a Cisneros. Allí, firma el acta, con los nombres de los integrantes de la Junta, "por mí y en nombre de seiscientos". Esto significa que mientras Moreno es el político que formula el plan de la Revolución, sus hombres, sus militantes, sus activistas, movilizan al pueblo para concretar la efectiva toma del poder, ocupando el Cabildo: "Plan de lucha", "ocupación", "chisperos", "manolos", "legión infernal", "grupos piqueteros", como se quiera llamarlos.

Establecido el nuevo gobierno, French es designado coronel. Se le encomienda la formación de un regimiento de infantería -obviamente decisión de Moreno, Secretario de Guerra-con el cual institucionalizar la fuerza popular que había actuado en la Plaza en los sucesos de Mayo. Ignacio Nuñez señala que se integra esa fuerza "con los amigos que actuaron con French en la Plaza de Mayo, lo cual evidencia el propósito de Moreno de contar con fuerza militar propia frente a la preponderancia de Saavedra, el jefe de Patricios. Ese regimiento se llama "América" o "de la Estrella", porque su uniforme ostenta una estrella roja."

Al estallar la contrarrevolución, dirigida por Liniers, en Córdoba, Moreno envía a este regimiento con su jefe, French y con un vocal de la Junta, Castelli, para sofocar el intento.

"French marchó a Córdoba... Apresado Liniers y sus compañeros, todos -a excepción del Obispo Orellana- fueron fusilados en Cabeza de Tigre, siendo French quien dio la voz de fuego al piquete de ejecución y quien descargó, con su pistola, el tiro de gracia en la sien del héroe de la Reconquista que se estaba desangrando en el suelo". French es, por tanto, el brazo ejecutor de Moreno.

Producida la renuncia de Moreno, el 18 de diciembre de 1810, French "intentó con su regimiento derrocar a Saavedra" pero no logra su objetivo. Luego, al consolidarse el saavedrismo con el movimiento del 5 y 6 de abril de 1811, es desterrado a Patagones. Esta sanción no debe sorprender pues la vanguardia revolucionaria del 25 de mayo sufre destierro al producirse la contrarrevolución de 1811: Azcuénaga y Posadas a Mendoza, Larrea a San Juan; Rodríguez Peña y Vieytes a San Luis; Beruti, Donado y Cardoso a Patagones. A su vez, Castelli es enjuiciado, Alberti muere de un infarto después de una discusión defendiendo a Moreno y éste ha muerto el 4 de marzo, en alta mar, presumiblemente envenenado, mientras Belgrano también ha caído en desgracia.

Tiempo después, French recupera sus derechos y participa con su regimiento en el sitio y toma de Montevideo, pero luego sostiene un fuerte disenso con el Director Supremo, Gervasio Antonio de Posadas y es desterrado nuevamente, pudiendo regresar sólo al fin del gobierno de Alvear, en 1815, época en que se le da destino en el Ejército del Norte.

El espíritu morenista de French se ratifica, al poco tiempo, cuando se une a Dorrego y a un grupo de federales para impugnar la política del Director Supremo Pueyrredón, quien no sólo ha aceptado -o promovido- la invasión de Lecor a la Banda Oriental con el propósito de aplastar a Artigas, sino que además, interviene en las negociaciones dirigidas a entronizar un monarca en el Plata.

Con motivo de esta oposición, es nuevamente desterrado, permaneciendo casi dos años en Estados Unidos.

Evidentemente, frustrado el proyecto de Moreno no había lugar en el escenario político para sus continuadores consecuentes, en esa época donde los directoriales ya están anticipando el predominio de Rivadavia y García que acaecerá en la década del veinte.

En 1819, regresa del destierro e interviene junto con Soler en la batalla de Cañada de la Cruz donde son derrotados. Poco después, al asumir Martín Rodríguez como gobernador, le ofrece el cargo de Comandante del Resguardo de Mar y Tierra, pero no acepta.

En esa época, su salud ya está quebrantada. El 4 de junio de 1825, fallece en Buenos Aires. Sus sucesivos destierros resultan de su enfrentamiento con la oligarquía porteña, en sus distintas expresiones, desde Saavedra a Pueyrredón, es decir, de su consecuencia al proyecto del Sabiecito del Sur. Arroyo y Pinedo conocía bien esta trayectoria de French y de ahí su vituperio, que devino, luego, en esa exquisita complicidad con que operan las Academias, los colegios y los medios de prensa para silenciar o deformar la lucha de un revolucionario.

(N.G.)

Ibarguren Carlos (h) y Benencia, Julio A, en *Hombres de Mayo*. Revista Genealogía del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, Buenos Aires, 1961.

Galasso, Norberto. *Mariano Moreno, el sabiecito del Sur*, Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

## **SAN MARTÍN, JOSÉ FRANCISCO DE (1777 ó 1778 -1850)**

El lector supone seguramente que si alguien, en nuestra historia, está libre de ser considerado "maldito" ése debe ser el padre de la Patria. Pues si el Padre de la Patria ha sido silenciado, excluido, deformado o vaciado, negándolo o presentándolo de un modo distinto a cómo fue, entonces, ¿de qué Patria estamos hablando?

Sin embargo...parece necesario reponerlo en su estatua, en su exacta dimensión, reemplazando a la figurita de Billiken que hasta ahora ha ocupado su lugar.

Podemos señalar algunos rasgos principales del San Martín que se viene enseñando en los colegios, en base a la biografía de Mitre, santificada por Levene, Ibañez, Astolfi y muchos otros, de la siguiente manera:

- 1) Nace en Yapeyú, el 25 de febrero de 1778, de padres españoles. Habla castellano y se sobreentiende que es de raza blanca. A los cuatro años, pasa a Buenos Aires y luego, a

los seis, marcha con su familia a España, donde ingresa al Real Seminario de Nobles de Madrid y se supone que allí cursa normalmente la escuela primaria.

- 2) En 1789, ingresa al regimiento de Murcia como cadete y allí desarrolla una vida militar que no le debe haber provocado ninguna vinculación afectiva por España, pues en 1811 - ¡veintidós años después!- regresa a América para enfrentar al ejército español.
- 3) Este regreso se habría producido porque, como dice Mitre, "ya había pagado con usura su deuda a la madre patria acompañándola en sus días de conflicto" o porque sintió "un llamado de la selva", una atracción "ejercida por las fuerzas telúricas" desde su Yapeyú natal. (En un libro llamado "San Martín y la tercera Invasión inglesa", Juan Bautista Sejean argumenta que habiendo modelado su carácter y su cultura en España - y con 30 batallas, siendo ya veterano de guerra en 1811- la única explicación de que regrese, siendo teniente coronel del Ejército español para enfrentar a los españoles, no son "las fuerzas telúricas" sino que lo sobornaron en Londres, adonde arribó después de partir desde Cádiz, rumbo al Plata, en 1811. Esta tesis, que no ha sido debidamente refutada por la Historia Liberal ni por la Historia Social, vendría a descubrirnos ¡que el Padre de la Patria fue "agente inglés"!)
- 4) Lograda la confianza del gobierno, arma su regimiento de Granaderos a Caballo, recurriendo a los mejores hijos de la "gente decente" porteña.
- 5) Con esa fuerza militar, derrota a los españoles en San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813, liberando a las Provincias Unidas de la dominación hispánica. Se supone, según dice la canción patriótica, que en ese combate enarbolaba bandera argentina: "y en San Lorenzo, tremoló triunfal".
- 6) Luego de un breve período al mando del Ejército del Norte, consigue que lo nombren gobernador de Cuyo para preparar allí su fuerza militar. Es un argentino tan generoso que después de liberar a su patria ansía darle la libertad a dos países hermanos: Chile y Perú. Para levantar "ese ejército argentino" recurre a las joyas donadas generosamente por las familias adineradas de Cuyo y al aporte que le brinda la clase aristocrática porteña.
- 7) En 1816, San Martín se habría vuelto monárquico pues apoya el proyecto del rey Inca, presentado por Belgrano al Congreso de Tucumán.
- 8) En enero de 1817, concreta la gesta de cruzar la cordillera (se da a entender que nadie la cruzó antes) para liberar al país hermano. Se supone que lo hizo enarbolando bandera argentina porque así lo indica la Marcha de la Bandera: "...la cima de los Andes escaló".
- 9) Los chilenos, derrotados en 1814 en Rancagua, -se encontraban dominados nuevamente y no sabían que hacer, salvo esperar a San Martín, quien triunfa en Chacabuco, pierde en Cancha Rayada y luego vuelve a triunfar en Maipú, consiguiendo la libertad de Chile, pero la generosidad argentina es tal que se niega a gobernar y le cede el poder a un chileno: O'Higgins.
- 10) En 1819, dado que las montoneras de Ramírez y López, amenazaban a Bs. As., pretendiendo imponerle su "barbarie", el Director Supremo le reclama a San Martín que venga con su ejército a defender a la ciudad puerto. San Martín aduce dificultades, su enfermedad, etc. y no regresa. Finalmente, se va a Chile a proseguir su campaña. Vicente Fidel López afirma que San Martín podía no regresar -renunciando o desertando- pero no podía "robarle" el ejército a los argentinos y a su gobierno legal llevándoselo a Chile.
- 11) Muy enfermo, gravísimo, cruza en camilla la cordillera. Es un argentino tan obcecado y tan generoso que quiere liberar otro país y poco después se va al Perú, se supondría que enarbolando bandera argentina, pues todo lo hace con el Ejército de los Andes, que se supone financiado por las Provincias Unidas.
- 12) En Perú, desarrolla una táctica asombrosa que le permite engañar a todos y evitando grandes batallas, ingresa a Lima, donde declara la libertad de todo el Perú, otro país "de indios" y "negros", liberado por los argentinos.
- 13) Se supone que así habría seguido liberando pueblos -enfrentando al ejército español en el

cual había peleado 22 años- pero quiso la mala fortuna que en su camino se cruzara Bolívar, un venezolano astuto, ambicioso, que como señala Mitre, respondía al proyecto colombiano de la expansión sobre toda América del Sur, quien le roba la gloria de continuar con su seguidilla de victorias. San Martín, porque era un Santo de la Espada, como señaló Ricardo Rojas, le dio una lección moral al retirarse de Guayaquil, yéndose a Chile, sacrificando sus laureles militares para evitar recelos con el venezolano.

- 14) De Chile, se vino a Mendoza. Allí estuvo un tiempo y no se llegó a Buenos Aires donde agonizaba Remedios de Escalada, "su esposa y amiga", como él escribiría luego en su lápida, quizás porque no se dio cuenta de la gravedad de la enfermedad que la aquejaba. Pasó luego a Buenos Aires y no quiso manchar su espada con sangre de hermanos, por lo cual decidió marcharse a Europa, llevándose a su hija, para educarla.
- 15) Quedó allá en Europa, salvo un viaje realizado en 1828, donde llegó al Río de la Plata pero no quiso desembarcar porque comprendió que la anarquía (en general, provocada por los caudillos "bárbaros e incivilizados") reinaba en su patria.
- 16) Ya estaba viejo y medio chocho, cuando en 1839, al producirse el bloqueo francés, le escribió a Rosas ofreciéndole sus servicios. De la misma manera, cuando la aterosclerosis ya lo dominaba, en 1845, volvió a apoyar a Rosas y además le legó su espada, suceso sólo explicable debido a una reacción sentimental ante quien se enfrentaba a los invasores de su patria lejana, pero que no por ello dejaba de ser un tirano sanguinario.
- 17) Muere poco después, provocando gran dolor a sus amigos, preferentemente liberales, quienes se encargarán luego de traer sus restos, que son colocados en la Catedral de Buenos Aires
- 18) Este guerrero que otorgó la libertad a tres países, también escribió unas máximas para su hija que sirven a todos los niños para educarse en los altos valores morales que necesita la patria para que las instituciones funcionen armoniosamente y la Argentina sea un país civilizado, blanco, respetuoso de los organismos internacionales de crédito, cumplidor en sus obligaciones de deuda externa y amigo de los grandes países, como Estados Unidos. El Instituto Sanmartiniano vela por su memoria.

Pero resulta que existe otro San Martín, que Mitre no ha tenido en cuenta al escribir su biografía. Veamos:

- 1) Nace en 1777 o 1778, sin conocerse exactamente días y mes, puesto que no se ha encontrado el documento que constate su nacimiento. Si bien integra la familia de Juan de San Martín, hoy parece discutible si es hijo legítimo de él y de Gregoria Matorras o es hijo de Don Diego de Alvear y la india Rosa Guarú, que habría sido entregado luego al cuidado de los San Martín. En ese caso, Rosa Guarú no sería solo el ama de cría sino la propia madre. Y también en ese caso, él no sería blanco, sino mestizo lo cual explicaría su tez bronceada, así como su cabello lacio y renegrido.
- 2) Trasladado a España con sus padres, no concurre al Real Seminario de Nobles, según lo han investigado varios historiadores españoles ("Vida española del General San Martín") sino a una escuela común en Málaga donde, al ingresar a los 7 años y abandonarla a los 11, en que se incorpora como cadete al Murcia, no habría "completado el ciclo primario sino que sólo habría aprobado cuarto grado.
- 3) Desde el ingreso al Murcia, a los 11 años, hasta su regreso al Río de la Plata, a los 33 años, corren 22 años de influencia cultural española, que modela el carácter de José Francisco. En España aprende a leer y a escribir, a relacionarse con amigos, luego a tener su primera novia, a bailar, a pelear en 30 batallas, a escuchar leyendas, a adoptar costumbres, etc. Hoy sabemos -lo que no se sabía en época de Mitre- que ese hombre de 33 años que regresa a su patria natal, "hablando como un gallego" (según testimonio de las memorias de los Oliver-Escalada), debía ser un español hecho y derecho.
- 4) Entonces, ¿cómo es posible que ese hombre -nacido en Yapeyú, pero modelada su personalidad en España- vuelva a América para pelear contra España? Nadie que

combate 22 años, en 30 batallas, por una bandera, puede odiar a esa patria como para regresar a América para luchar contra ella, según sostiene la historia liberal. Y esto da pie a la tesis de J. B. Sejean, de que fue sobornado cuando, al salir de Cádiz, pasa a Londres, antes de viajar hacia su tierra natal.

- 5) Sólo existe una explicación: que la Revolución de Mayo tuvo inicialmente un carácter más democrático que separatista. No fue una revolución por odio a España (y escondido amor por los ingleses) como lo plantea Mitre sino que formó parte de la revolución española de 1808, y ésta, a su vez, obraba siguiendo el proceso iniciado en Francia en 1789, como lo sostuvo Alberdi. Esto explica lo que ahora se sabe: que French y Beruti ostentaban estampas con la cara de Fernando VII en los días de Mayo, que hubiese españoles integrando la Junta de Mayo (Matheu y Larrea), que la Primera Junta jura por el Rey Fernando, que la bandera española flamee en el Fuerte hasta 1814, que la independencia recién se declare en 1816, a causa de que en 1814 se restablece el absolutismo en España, cuando Fernando VII recupera el trono para virar fuertemente a la derecha y perseguir a los democráticos y anula las leyes progresistas dictadas en 1812. Entonces sí se explica que San Martín venga a continuar en América la lucha por la democracia, iniciada en Francia en 1789 y en España en 1808, y combata a los españoles absolutistas mientras en cambio se entiende con los españoles liberales (como ocurrirá en Perú, con La Serna). También se explica que sólo urja la declaración de la independencia a partir de 1814 y no antes. Luego, San Martín no es agente inglés (pues no sólo es enemigo a muerte de Rivadavia, que servía esos intereses, sino que se ofrece a Rosas y lo apoya, para luchar contra ingleses y franceses). Pero, si se cae la biografía de Belgrano -de Mitre- porque es incorrecta la caracterización de la revolución de Mayo y asimismo, también es incorrecta la biografía de Mitre sobre San Martín, se desmorona la historia mitrista. Es decir, por efecto dominó se caen Levene, Astolfi, Ibañez y toda la historiografía liberal, lo cual es grave. Pero, evidentemente, resultaría aún más grave que el Padre de la Patria sea agente inglés.
- 6) Son muy escasos los aportes en soldados por parte de la burguesía comercial porteña al regimiento de granaderos. Se trata más bien de hombres del interior. San Martín pide que le envíen 300 guaraníes, desde la zona misionera.
- 7) No se usó bandera argentina en el combate de San Lorenzo, pues no existía aún.
- 8) Levanta el Ejército con el apoyo de los cuyanos y aplicando expropiaciones. El dinero de las joyas de las damas mendocinas se remite a Buenos Aires. Buenos Aires sólo ayuda desde agosto de 1816 hasta enero de 1817. San Martín crea el ejército "de la nada", aplicando un plan semejante al que propugnaba Moreno (Plan de Operaciones), en 1810
- 9) Sólo organizando el país como monarquía podía obtenerse el reconocimiento de otros países, en momentos en que volvía a imperar el absolutismo en Europa. En el Congreso de Tucumán, Anchorena se opone porque Belgrano y San Martín, al evitar a las dinastías europeas, propugnan el rey inca, que para la plutocracia porteña "es de casta color chocolate, andrajoso y borracho", según discurso de Anchorena.
- 10) La bandera argentina tampoco cruzó los Andes, aunque para esa fecha (1817) ya había sido aprobada por el Congreso de Tucumán. San Martín enarbola la bandera del Ejército de los Andes precisamente porque se trata de un ejército aliado argentino-chileno. O'Higgins y Freire, jefes de columnas, son chilenos, así como gran parte de la tropa se halla nutrida por chilenos que huyeron después de Rancagua y se alistaron en un Ejército libertador hispanoamericano, por encima de las fronteras.
- 11) Precisamente, por esta causa San Martín no vuelve hacia Buenos Aires y de ahí "su desobediencia". Su amigo, Tomás Guido, le advierte que si lo hiciera, todos los soldados chilenos desertarían de su ejército. San Martín sabe que formó el Ejército para una lucha hispanoamericana. Por eso, renuncia ante sus oficiales en Rancagua, en abril de 1820 y se hace elegir nuevamente, para reafirmar que ese ejército no depende de ningún gobierno, que es de "soberanía flotante" (así lo acepta Levene, en el único libro en que aborda el tema).

- 12) La campaña al Perú la financia el gobierno de Chile y ese ejército argentino-chileno, con apoyo de peruanos, enarbola bandera chilena, porque Chile le ha creado la escuadra, pero para San Martín es la continuación de una campaña por sobre las fronteras de las patrias chicas.
- 13) En el Perú, no se trata de táctica asombrosa, sino de las buenas relaciones de San Martín, un hispanoamericano democrático, liberal, con jefes españoles liberales, democráticos, como La Serna. No es Argentina la que libera al Perú, sino un ejército de la Patria Grande en Operaciones, semejante al que quiso formar el Che en Bolivia cuando lo asesinaron. San Martín tenía admiración por Bolívar y éste, por San Martín. Eran generales de una misma causa. Si Bolívar le robó la gloria, ¿por qué razón San Martín colgaba un retrato de Bolívar, en su dormitorio, frente a su cama, durante su estadía en Europa? ¿Era masoquista, acaso?
- 14) En Mendoza, le llega una carta de Estanislao López donde le avisa que si va a Buenos Aires le van a hacer consejo de Guerra por la desobediencia de 1819. La relación con su mujer no era tan armónica. En el Perú, el General mantuvo amores con Rosa Campusano. La familia de los Escalada lo odiaba. El se va a Europa porque su tarea queda cumplida cuando Bolívar ingresa al Perú y ya está próxima la batalla final: Ayacucho.
- 15) Otra razón de su viaje a Europa es la persecución de Rivadavia quien le intercepta la correspondencia y le pone un espía en su finca de Mendoza., al tiempo que sus diarios lo hostigan En 1825, San Martín, en Londres, lo quiere retar a duelo a Rivadavia. San Martín y O'Higgins coincidían en que Rivadavia era "innoble persona, malvado" (Según O'Higgins era "el más grande criminal que ha nacido en Sudamérica"). Por eso, San Martín vuelve recién cuando gobierna Dorrego. Por eso también no desembarca cuando se entera que los rivadavianos han derrocado, asesinado a Dorrego y están otra vez en poder de la provincia de Buenos Aires.
- 16) Ricardo Rojas sostiene, en "El Santo de la espada", la tesis de que San Martín le envía la espada a Rosas porque ya se encuentra "anciano y sentimental" (pág. 425), pero dos páginas después reconoce que "conservó hasta las horas extremas, su lúcida comprensión de los fenómenos sociales"(pág. 427).
- 17) Ni los gobiernos mitristas de la segregada Buenos Aires, ni el presidente Mitre ni Sarmiento se ocuparon de retornar los restos del General. Sólo lo hizo Avellaneda, cuando ya habían transcurrido 30 años de su muerte.
- 18) La enseñanza fundamental no son "las máximas a su hija", acerca de las cuales probablemente nunca pensó que tendrían difusión y son propias de cualquier padre, sino cuando sostiene: "Seamos libres y lo de más no importa nada" y cuando señala la necesidad de la Gran Confederación Latinoamericana, política expresada en el tratado Perú - Colombia, de 1822. La otra gran lección está dada por su apoyo a la Confederación ante el bloqueo francés de 1838 y la intromisión de la escuadra anglofrancesa en el Paraná en 1845 y su acusación a los unitarios pues "no puedo concebir que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria... Una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".

(N.G.)

Galasso, Norberto. *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*. Colihue. Buenos Aires, 2000.

## **ARTIGAS, JOSÉ GERVASIO** **(1764-1850)**

José Gervasio Artigas nació el 19 de Junio de 1764 en la ciudad de Montevideo.

Pertenecía a una familia cuyo origen se vinculaba a los primeros fundadores de dicha ciudad. De joven estuvo abocado a las labores del campo, circunstancia que le dio un conocimiento pleno de la realidad socio-cultural de la campaña. Luego, ingresó al regimiento de

Blandengues de la Frontera donde se convirtió en oficial.

Cuando acontecieron las invasiones inglesas (1806 y 1807) Artigas participó en la Reconquista de Buenos Aires. En 1811, desertó del bando español cuando el nuevo virrey del Río de la Plata Francisco Javier de Elío desconoció a la Junta revolucionaria porteña creada en mayo de 1810. El gobierno revolucionario de Buenos Aires lo designó Teniente Coronel y su misión era provocar levantamientos en la Banda Oriental contra los realistas. Para este objetivo contó con una fuerza militar obtenida gracias a su influencia en la campaña oriental. El 28 de febrero de 1811, se inicia la revolución en la Banda Oriental: el episodio se conoce como "El grito de Asencio". Poco después, el 18 de mayo obtiene una resonante victoria en "Las Piedras", lo cual permite a Rondeau establecer el sitio sobre Montevideo. Pero, en julio de ese año, penetran tropas portuguesas en la Banda Oriental.

En Buenos Aires, la contrarrevolución se expresa en el primer Triunvirato, el cual pacta un armisticio, en octubre, con el virrey Elío, abandonando a Artigas a su suerte.

Ya convertido en Jefe de los Orientales, Artigas decide cruzar el Uruguay y asentarse en el Ayuí. Alrededor de 5000 hombres lo siguen en ese "éxodo oriental" o caravana "de la redota".

A fines de año, Artigas y su gente vuelven a la lucha, ahora colaborando con Sarratea, nombrado Jefe del ejército en la Banda Oriental. Pero éste soborna a algunos jefes, por lo cual Artigas decide desobedecerlo. Ante esta actitud del caudillo oriental, Sarratea lo declara "traidor a la patria".

La instalación del segundo Triunvirato en Buenos Aires (1812) posibilitó la apertura de la Asamblea del año XIII el 31 de Enero de 1813. Artigas decide reconocerla y envía diputados, en representación de los pueblos orientales, munidos de una serie de instrucciones originadas en el Congreso de Tres Cruces (5 de Abril de 1813) que expresaban el pensamiento emancipador del caudillo oriental. En ellas, Artigas proponía la independencia absoluta de España, un sistema de confederación con las provincias, un gobierno central, republicano y federal, libertades en lo civil y religioso y que la capital de las Provincias Unidas debía establecerse fuera de Buenos Aires. Sin embargo, los diputados orientales fueron rechazados por la Asamblea argumentando el incumplimiento de formalidades. La verdadera razón del rechazo radicaba en que las instrucciones de Artigas contrariaban los planes del grupo liderado por el General Alvear que dominaba la Asamblea y podían aliarse al grupo que respondía a San Martín. El rechazo de los diputados orientales derivó en una nueva ruptura de Artigas con Buenos Aires. La respuesta del Directorio porteño fue declararlo traidor (ahora, por segunda vez) y fijar 6.000 pesos por su cabeza.

La personalidad de Artigas crece por entonces y obtiene el apoyo no sólo de la Banda Oriental sino también de Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, constituyendo la

Liga de los Pueblos Libres (1815). De esa liga Artigas fue su Protector y quien enarbó la lucha contra el centralismo de Buenos Aires cuyo puerto y comercio libre perjudicaban al resto de las provincias.

En esa época, Artigas alcanza su mayor poder como Protector de los Pueblos libres, con sede en Purificación. Desarrolla, entonces, su programa revolucionario: entrega de tierras a los más desamparados (huérfanos, viudas, libertos, etc.) delimitando las extensiones para evitar la formación de latifundios, defensa de las producciones locales aplicando tarifas aduaneras a la importación de mercaderías extranjeras, liberación de los indios "pues deben acabarse los privilegios que nacen de la cuna", apoyándolos para que elijan sus autoridades y se organicen democráticamente, libre navegación de los ríos para que se beneficien todas las provincias del litoral e instalación de diversos puertos, sistema republicano y federal. Asimismo, en carta a Bolívar, manifiesta su criterio de unificación de las patrias chicas.

Esta experiencia notablemente progresista se ve perturbada en 1815 por el ingreso de tropas portuguesas en el norte de la Banda oriental, dirigidas por el General Lecor. Esta invasión ha sido promovida por Manuel J. García, representante argentino en Río de Janeiro, en complicidad con el director supremo Pueyrredón, a quien Artigas protesta con vehemencia.

Hostigado por Buenos Aires y atacado por los portugueses, el caudillo oriental comprende la

necesidad de transformar su guerra defensiva en guerra ofensiva. Así, el 1° de febrero de 1820 dos hombres de Artigas, los caudillos Estanislao López de Santa Fe y Francisco Ramírez de Entre Ríos, triunfan en la Batalla de Cepeda frente a las fuerzas directoriales porteñas, pero días más tarde Artigas, Jefe Supremo de los Pueblos Libres del Litoral, cae derrotado en Tacuarembó, el 29 de Enero de 1820 ante los portugueses. A la derrota sigue una decepción: López y Ramírez sin consultar con Artigas firman con Buenos Aires el Tratado de Pilar (23 de Febrero de 1820). De esta manera la guerra de liberación oriental quedaba trunca.

El disgusto de Artigas lo decidió a enfrentar a Ramírez quien además tenía un compromiso secreto por el cual su ejército se reforzaría con armamentos y dinero de Buenos Aires. Artigas, en su enfrentamiento con Ramírez, sufrió una sucesión de fracasos hasta que finalmente es derrotado en Rincón de Ábalos el 24 de Julio de 1820. Paraguay dio al héroe oriental un exilio de treinta años.

Fallece el 23 de setiembre de 1850. Cinco años después sus restos fueron repatriados.

La Historia Oficial, en la Argentina, juzgó siempre a Artigas un caudillo bárbaro, atrasado, despótico, descalificándolo con los epítetos más negativos. Esto no se produjo casualmente, por supuesto, sino que respondió a la necesidad de descalificar al hombre que propiciaba una política peligrosa para los sectores dominantes, en tanto reforma agraria, elevación del indio, proteccionismo industrial, democracia y unión latinoamericana. La saña contra Artigas, que se advierte tanto en la historia de Mitre como en la de Vicente Fidel López, expresa una política y el propio Mitre lo reconoce cuando, en carta privada a Vicente E. López, le expresa: "Ambos hemos tenido las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente".

Con el paso del tiempo -y ante la reivindicación del caudillo por parte de historiadores orientales- aquel viejo odio fue reemplazado con la deformación histórica: de caudillo bárbaro, Artigas pasó a ser "el fundador de la nacionalidad uruguaya", en abierta contradicción con lo que Artigas sostuvo siempre: que la Banda Oriental integraba las Provincias Unidas siendo precisamente, la provincia oriental de las mismas, las cuales, además, eran parte de la Patria Grande Hispanoamericana.

(J.N.)

## **AZURDUY, JUANA (1780-1862)**

El 12 de julio de 1780, en Toroca, una aldea cercana a Chuquisaca, nació Juana Azurduy. La familia tenía un buen pasar como propietarios de una importante hacienda en Toroca. Desde muy pequeña, Juana conoció las tareas rurales, y aprendió a hablar el quechua y el aymará. Desde esa época conoció escenas de opresión de los más pobres que la conmovieron, y nunca las olvidará a lo largo de su vida.

Al poco tiempo de nacer su hermana Rosalía, falleció su madre, y sin poder sobreponerse del duro golpe, sufrieron una nueva pérdida, la de Don Matías Azurduy. En esas circunstancias, sus tíos se hicieron cargo de la crianza de las niñas.

El carácter de Juana era bastante rebelde, y su tía, para dominarla, la internó, a los 16 años, en el Convento de Santa Teresa. Allí, la joven organizaba reuniones clandestinas con las otras internas, y conoció por ejemplo, la historia de Tupac Amaru, Juana de Arco, San Ignacio de Loyola y otros, que despertaron su interés. Su estadía allí, como era previsible, fue breve, pues a los ocho meses la expulsaron.

Regresó a su tierra natal, y fue allí donde conoció a Manuel Ascencio Padilla, con quien se casó el 8 de marzo de 1805. Fue él quien le habló por primera vez de las ideas republicanas, de la libertad y la lucha por ella. Tuvieron cuatro hijos: Manuel, Mariano, Juliana y Mercedes. Ellos gozaban de una buena posición económica, y vivían en una Casona del distrito de La Laguna.

Cuando se produjeron los movimientos revolucionarios de Chuquisaca y La Paz, en 1809, Padilla estuvo del lado de la causa americana. Derrotada ésta, fue perseguido, y la familia entera tuvo que ocultarse. Juana permanecía con sus cuatro hijos en la finca familiar, pero en ocasión de acercarse una partida realista, salió, rebenque en mano, impidiéndoles el paso y defendiendo su propiedad.

Al año siguiente, la revolución que se produjo en Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810, no contó con el apoyo de las ciudades del norte, a excepción de Tarija. Los revolucionarios se preparaban para marchar hacia allí, con la precariedad que suponía la falta de recursos y de apoyo local. Los esposos Padilla brindaron cuanto apoyo pudieron a las tropas de Buenos Aires: entregaron sus cosechas y recuas, y les brindaron alojamiento. Don Manuel se plegó al ejército en el tránsito hacia el norte. En ese momento, Juana sintió por primera vez ganas de acompañarlo, pero los tabúes de la época hicieron que permaneciese con sus hijos en la hacienda.

Manuel Padilla organizó la resistencia patriota en la zona de Cochabamba: el 21 de febrero de 1812 venció en Pitantora, y su nombre comenzó a ser reconocido oficialmente. También participó en las batallas de Salta y Tucumán. Después, Padilla regresó al Alto Perú; su misión era reclutar altoperanos. Recibió el apoyo de algunos caciques indígenas, y esta vez, Juana, excelente amazona, dejó su hogar y se sumó a la lucha por la libertad. Aunque creía que esta actitud no sería bien vista, otras mujeres la imitaron y marcharon al ejército: la novedad ayudó a sumar fuerzas y el valeroso ejemplo cundió. En poco tiempo, el prestigio de Juana se incrementó; los soldados de Padilla veían en ella a la "unión de una madre y esposa ejemplar con la valerosa luchadora", y los indios la querían: "Seguir a Doña Juana era seguir a la tierra".

En las Batallas de Vilcapugio y Ayohuma, el ejército de los Padilla tuvo la función de proteger la retirada de los revolucionarios, pues ellos conocían mejor que nadie el lugar.

Después de estos fracasos, los Padilla dominaron con autonomía todo el territorio ubicado entre el Río Grande y el Pilcomayo: fue la guerra de las republiquetas. En ese marco, los indios jugaron un lugar muy importante, pues eran "vigías" y pactaron muchas veces con los blancos: Por ejemplo, el Cacique Cumbay, dominador de toda la franja situada al este de Chuquisaca, celebró un pacto con Juana Azurduy, "la mujer guerrera", y realizó una ceremonia en su honor. Lo mismo ocurrió con el Cacique Juan Huallparrimachi, quien asumió la causa libertadora como una causa ancestral, y se convirtió en aliado y fiel compañero de Juana, La Pachamama.

Juana había formado un nuevo cuerpo, "Los Húsares", que combatieron guiados por su valentía y coraje. En medio de la lucha, Juana debió enfrentar, en abril de 1814, la muerte de sus dos hijos varones, que escapando de los realistas enfermaron gravemente de fiebre palúdica y disentería. Cuando Padilla llegó al Valle Segura, conoció la triste noticia. A partir de este momento, la lucha contra los españoles tomó más sentido para Juana, y desde ese episodio, fue impiadosa. Tratando de superar la pena, dejó a sus hijas al cuidado de una nativa y se marchó a combatir. Hasta ese momento, los Padilla siempre se habían mostrado piadosos con los prisioneros realistas; desde entonces persiguieron a los españoles fugitivos y les dieron muerte.'

La pena por la pérdida de sus hermanos, y la crueldad de la guerra, también afectó a las niñas. Para agosto de ese mismo año, Juana llegó a tiempo para despedirse de su hija Juliana, quien murió unos días antes que su hermana Mercedes. Esta vez, la tristeza y la angustia, pudieron más que la fuerza de voluntad de los Padilla, quienes por un breve lapso interrumpieron la lucha. La tristeza por la muerte de sus hijos fue la única batalla que Juana Azurduy jamás pudo enfrentar.

Cuando retomaron la lucha, otro golpe les pegó sin piedad: el 7 de agosto de 1814, los realistas, después de cuatro días de duro enfrentamiento, en el Cerro Carretas, ganaron el combate. Allí perdió la vida Huallparrimachi, a quien Padilla tenía casi como un hijo adoptivo. Ante esto, la pareja juró luchar hasta morir. En medio de la guerra, Juana tuvo que retirarse a orillas del Río Grande, pues iba a dar a luz a su hija Luisa. En esa oportunidad, Juana tras haber parido a su hija, y custodiada por un grupo de indios fieles, tuvo que luchar teniendo a su hija en brazos, y a caballo. Con coraje defendió los caudales del ejército revolucionario, y la

vida de su propia hija. Luego la dejó al cuidado de la india Anastasia Mamani.

Poco después, cuando el ejército de Rondeau fue vencido en Sipe Sipe, los Padilla impidieron que Pezuela llevara a cabo su plan de entrar por la Quebrada de Humahuaca. El 9 de febrero de 1816, Juana Azurduy, a la cabeza de cientos de indios y paisanos, asedió Chuquisaca. La lucha fue terrible, pues llegaron refuerzos españoles, y la represión fue tremenda; ejecutaron a mujeres y niños. Los Padilla se reorganizaron, pero no pudieron con los realistas, que los vencieron en el puesto de Villar, donde Padilla recibió una descarga mortal, siendo luego degollado. .

En medio de su dolor, Juana sabía que era la única líder de su "republiqueta". El 23 de octubre de 1816, en un hecho sin precedentes, el General Belgrano le envía una carta a Doña Juana: "En testimonio de la gran satisfacción que han merecido de nuestro Supremo Gobierno, las acciones heroicas nada comunes a su sexo, le dirige por mi conducto el despacho de Teniente Coronel; doy a usted por mi parte los plácemes más sinceros y espero que serán un nuevo estímulo para que redoblando sus esfuerzos sirva usted de un modo enérgico a cuantos militan bajo los estandartes de la Nación". El nuevo grado le llegó con el aval del Congreso de Tucumán, Juana toleró que la cabeza de Padilla fuese exhibida por varios meses en la plaza pública: esto marcaba lo que su marido había significado para el enemigo. Pero el 15 de mayo de 1817, tomó por asalto La Laguna, y recuperó la cabeza de su esposo.

Durante tres años Juana acompañó a Güemes en la lucha en el norte argentino. Cuando éste murió, en 1821, Juana regresó a buscar a su hija, que ya tenía seis años.

En 1825, sin recursos, y sin el reconocimiento debido -más allá del grado militar- Juana estaba en Salta, sin medios para poder volver a su tierra natal. Después de mucho andar, llegó a Chuquisaca, donde ya se había declarado la independencia de Bolivia: Sucre le otorgó una pensión, pero los trámites para recuperar algo de su patrimonio fueron penosos... "Lo único que puedo dejarle a mi hija son mis lágrimas...".

Los avatares de la vida política de Bolivia hicieron que, según quien gobernase, se le pagara o no la pensión. Lo cierto es que terminó sus días en la pobreza, y en la soledad, pues su hija se había casado y el trabajo de su marido la obligó a alejarse de su madre.

Doña Juana murió el 25 de mayo de 1862, cuando casi cumplía 82 años. Las autoridades fueron indiferentes al hecho pues estaban ocupadas en la celebración de la revolución de 1809.

(C.P.)

Deleis Mónica, y otros. *Mujeres de la política argentina*. Aguilar. Buenos Aires, 2001.

## **ROSAS, JUAN MANUEL DE (1793-1877)**

Nació en Buenos Aires, en el seno de una familia patricia de viejo arraigo en la sociedad colonial, un 30 de marzo de 1793. Era hijo de León Ortiz de Rosas, administrador de las estancias del rey y capitán de su ejército. Su madre, Agustina López de Osorno, pertenecía a una familia de estancieros de la campaña bonaerense.

Precisamente en una de las estancias de la familia materna pasó su infancia -"El Rincón de López"- donde aprendió diferentes actividades relacionadas con la vida rural.

Éste fue un constante alternar entre el campo y la ciudad donde realizó sus estudios en la escuela de Francisco Argerich.

Siendo un adolescente, en 1806, participó de la reconquista de Buenos Aires demostrando, según Liniers, "una bravura digna de la causa que defendía". En cambio, en 1810, se mantuvo al margen. En 1819, sostenía: "Los tiempos actuales no son los de quietud y tranquilidad que precedieron al 25 de mayo. Entonces, la subordinación estaba bien puesta, las guardias protegían las líneas, sobraban recursos... Había unión".

En 1813, contrae matrimonio con Encarnación Ezcurra, quien con el tiempo se convertiría en una pieza clave para el desempeño político de su esposo.

Desde muy joven, su carácter impetuoso, lo llevó a separarse de su familia, alejamiento que ratificó al quitarse el "Ortiz" de su apellido. Por su cuenta, realizó aquello que había aprendido desde su infancia, en los campos de sus padres: es decir, negocios rurales. Más tarde, formalizó una sociedad con Juan Nepomuceno Terrero, dedicado a la actividad ganadera y saladeril. En poco tiempo, logró hacer una considerable fortuna.

En 1815, la sociedad Rosas -Terrero, conjuntamente con Luis Dorrego, establecieron el saladero "Las higuieritas" en las proximidades de Quilmes. Al tiempo, adquirieron en la guardia del Monte, la estancia "Los Cerrillos", el establecimiento más importante de los que tuvo Rosas.

La dedicación a las actividades rurales lo puso en contacto con toda la problemática propia de la campaña. Cosechó adeptos entre sus pares estancieros a los que representó ante el gobierno, pero también entre la peonada, gauchos, indios y vagabundos, a los cuales supo dirigir y administrar para cumplir sus objetivos. Afirmaba: "...hacia falta hacerme gauchos como ellos, ...protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar de sus intereses, en fin no ahorrar trabajos ni medios para adquirir más su concepto."

En 1820, los acontecimientos políticos permitieron la participación de Rosas en defensa del orden y la paz. Consolidado el gobierno de Martín Rodríguez gracias al respaldo de los hacendados -y de los Colorados del Monte, del propio Rosas- se dedicó a cumplir con las exigencias de los sectores rurales. Esta alianza habría de hacer crisis cuando el gobierno pasa a ser manejado por dos ministros (Rivadavia y Manuel García), que lo convierten en representante de la burguesía comercial de Buenos Aires.

Producida la renuncia de Rivadavia en 1827, los federales de Buenos Aires llevaron al Coronel Manuel Dorrego como gobernador de la ahora provincia autónoma. Rosas fue nombrado comandante de la campaña y como tal organizó fuertes. La frontera se extendió mediante negociaciones de paz con los indígenas. Llegó a organizar un verdadero plan de colonización que incluía la integración de las poblaciones indias y la transformación de los fortines en centros de población y producción, intentando civilizar y transformar el desierto pacíficamente.

El derrocamiento de Dorrego y su posterior fusilamiento por parte de Lavalle, crearon las condiciones para que Rosas volviera a incursionar en la política. Ante la fuerte represión contra los federales bonaerenses, encabeza la rebelión masiva de la campaña. Lavalle debe pactar estableciéndose un gobierno provisional, a cargo de Viamonte. El 8 de diciembre de 1829, asume como gobernador Juan Manuel de Rosas con " la plenitud de facultades y libertad de acción que hoy más que nunca exigen las circunstancias". Se convertía así en el único sostén del orden político y social con adhesión de los sectores populares y rurales. Con el transcurso del tiempo iría aumentando la confianza puesta en él por el resto de las provincias. Su gobierno tuvo como principal objetivo lograr la unificación política.

Finalizado su mandato le fue propuesto de parte de sus seguidores cumplir con un nuevo período frente a la gobernación, cuestión que rechazó en varias ocasiones.

En cambio, se dedicó a realizar una campaña al desierto, con el propósito de alejar la amenaza que representaba el indígena en la frontera de la campaña bonaerense.

La revolución acaudillada por su esposa, favoreció su regreso al poder. El 7 de Marzo de 1835, la Legislatura de Buenos Aires lo designó como gobernador de la provincia por cinco años, otorgándole la suma del poder político con objeto de sostener y defender la causa Nacional de la Federación.

Permaneció 17 años en el poder. Durante ese período, contó con el apoyo de los sectores populares de la provincia de Buenos Aires e inclusive, de la ciudad puerto. Los acontecimientos fundamentales de esa época son: 1) la defensa de la Confederación frente a dos intervenciones extranjeras (el bloqueo francés de 1838/40 y la intromisión de la escuadra anglo francesa en el Paraná, en 1845, concluyendo el conflicto recién en 1850). En ambas ocasiones, Rosas defendió la soberanía y recibió el apoyo de San Martín, desde Europa. 2)

Ley de Aduanas: dictada en 1835, establecía recargos aduaneros para los artículos importados, política económica dirigida a establecer una alianza con las provincias interiores. 3) Reprimió severamente la acción de los unitarios, especialmente los provenientes del grupo rivadaviano, partidarios de la "libre importación" y del acercamiento a Europa, donde creían ver "la civilización" en oposición a "la barbarie" local. En lo ideológico, Rosas sostuvo la defensa del nacionalismo y del tradicionalismo.

La corriente historiográfica rosista lo considera un caudillo nacional, que cohesionó a las Provincias Unidas y expresó a los sectores populares de su época. Para la historiografía liberal es simplemente un tirano, que acumuló violencias y mantuvo al país en el atraso. La corriente historiográfica federal-provinciana lo reivindica en tanto defensor de la soberanía pero le crítica: a) que la Ley de Aduanas fue aplicada por escaso tiempo, b) que las rentas aduaneras siguieron en manos de la provincia de Buenos Aires y que al negarse al Congreso constituyente donde se nacionalizaría el puerto, Rosas defendía al centralismo porteño en perjuicio de las provincias interiores, aunque a través de una política más tolerable que la rivadaviana (Esto explica que caudillos populares como El Chacho Peñaloza y Felipe Varela se levantaran en armas, varias veces, contra Rosas), c) que cerrar los ríos era una política correcta frente a los países extranjeros, pero no para las provincias del litoral, a las cuales se tornaba así subsidiarias de la provincia de Buenos Aires, (Esto explica el apoyo del litoral a Urquiza cuando éste se pronuncia contra el Restaurador) d) que en materia agraria, los enfiteutas de la era rivadaviana se quedaron con las tierras y hubo una entrega a los sectores cercanos al poder, que consolidó el poder de los ganaderos, especialmente el de los Anchorena, de cuyos campos fue administrador el propio Rosas. (En su biografía de Rosas, Manuel Gálvez insiste en que el mayor sustento de este gobierno estaba en las clases altas, indicando las familias ganaderas que lo apoyaban) e) que en materia de comercio, no afectó el poder de los comerciantes ingleses de Buenos Aires, lo cual explica que éstos lo apoyasen.

Derrotado en Caseros, Rosas mantendrá una conducta irreprochable durante su largo exilio en tierra británica. Confiscados sus bienes, debió apelar a la ayuda de algunos amigos (Urquiza, la viuda de Facundo, entre otros) para poder subsistir, al tiempo que trabajaba una pequeña chacra con sus propias manos.

Fallece el 14 de marzo de 1877. En Buenos Aires, deniegan el permiso a sus familiares para un funeral recordatorio. Los llamados "nobles odios" de que hablaba Mitre continuaban vigentes. Y su execración se difundió a través de libros de lectura, suplementos culturales, academias, etc. La oligarquía liberal, consolidada en el poder después de Pavón, para justificar su alianza con el capital inglés, tuvo necesidad de convertir en "demonio" y "expresión de atraso" a quien se había atrevido a resistir la prepotencia de su Majestad Británica.

El Gral. San Martín, en cambio, valoraba su política: " El sable que me ha acompañado en toda la Guerra de la Independencia de La América del Sud le será entregado al General de La República Argentina, Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de satisfacción que como argentino he tenido, al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de La República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".

Ernesto Palacio señala: " Los episodios de la intervención anglo-francesa en el Río de La Plata, constituyen por la acción del Restaurador y su pueblo, una de las páginas más gloriosas de la historia argentina. En esos años, se decidió realmente nuestro destino y se afianzó de tal modo que las defecciones posteriores no lograron borrar todas sus consecuencias. En el dilema de ser una factoría extranjera o una nación libre, optamos por lo segundo, que era el camino del sacrificio y del honor. Y ello por obra de un jefe con sentido de la grandeza y de un pueblo que lo comprendió y lo sostuvo". Esta audacia sería suficiente como para tanta denigración que cayó durante décadas sobre la figura de don Juan Manuel.

(N.N.N.)

Palacio, Ernesto. *Manual de la historia de La Argentina*. Itinerarium. Buenos Aires, 1955.

Grosso, Carlos. *Mi país, tu país*. Centro Editor de América Latina. 1971.

Ibáñez, Germán. *Juan Manuel de Rosas y el nacionalismo de los ganaderos bonaerenses*. Centro cultural Enrique Santos Discépolo. Cuadernos para la otra historia. 1999.

## **VARELA, FELIPE (1821-1870)**

La historia escolar no dedica atención alguna a Felipe Varela. Los pocos libros que lo mencionan lo tachan de "facineroso", expresión de "la barbarie". Pero el folklore lo recuerda para sepultarlo históricamente: "Felipe Varela matando viene y se va". No lo juzgan, pues, como un político, ni proviene de la dramática situación de los pueblos del noroeste, expoliados por la oligarquía porteña sino simplemente se trata de un facineroso o un sanguinario.

Felipe Varela nace, en 1821, en Huaycama, pueblecito del departamento de Valle Viejo, provincia de Catamarca. Su niñez y adolescencia transcurren en Catamarca y La Rioja. En 1840, contrae matrimonio y pasa a residir, con su esposa, en Guandacol.

En esa época, participa de la montonera liderada por Ángel Vicente Peñaloza, "El Chacho", quien se insurrecciona contra Rosas, integrando la Coalición del Norte. Al ser derrotados por las fuerzas rosistas, El Chacho y Varela se exilian en Chile.

Entre 1840 y 1855, Varela integra el ejército chileno, llegando al grado de capitán. Se presume que en 1842 y 1845 acompaña a El Chacho en sus dos nuevas intentonas contra Rosas.

También se conjetura que allí, en Chile, toma contacto con Juan B. Alberdi y el sacerdote Castro Boedo, pues comparte su posición antiunitaria, antirrosista, antimitrista, urquicista y latinoamericana. Es decir, al igual que El Chacho, Varela sustenta un federalismo provinciano que reivindica el triunfo de Caseros sobre el centralismo porteño.

En 1855, reingresa al país para incorporarse al ejército de la Confederación Urquicista, en momentos en que Buenos Aires se halla segregada bajo la influencia del mitrismo. A fines del 55, es designado teniente coronel en el Regimiento número 7 de Caballería de Línea y enviado a Río Cuarto. Poco tiempo después, reside en La Rioja y luego le dan destino a San Juan.

Se cree que participa en 1859 en la batalla de Cepeda, donde Urquiza derrota a las fuerzas bonaerenses conducidas por Mitre. Poco después, al producirse el alzamiento liberal en San Juan, acompaña a Juan Saa en la misión de sofocar a los insurrectos. En setiembre de 1861, participa en las fuerzas de la Confederación al producirse el enfrentamiento con el ejército mitrista, en Pavón.

Producida la defección de Urquiza, en Pavón, Varela vuelve junto a El Chacho desempeñándose como jefe de policía en La Rioja.

Poco después, Mitre, ya encaramado en el poder, lanza la represión contra las provincias interiores, la casi totalidad de las cuales le son desafectas. El Chacho y Varela confían en que Urquiza insurreccionará al litoral contra la política de Mitre, pero el entrerriano promete sin intención de cumplir compromiso alguno. En junio de 1863, los montoneros son derrotados por Paunero y Sandes, en Las Playas. Varela, gravemente herido, logra escapar. Ha convenido en encontrarse con El Chacho, en Jagüel, pero el 12 de noviembre de 1863 su jefe es asesinado y degollado, colgándose su cabeza de una pica en Olta. Sin fuerzas y sin recursos materiales para reorganizar la montonera, Varela vuelve a exiliarse, permaneciendo en Chile hasta mayo de 1865.

Allí, se vincula al comité de "Unión Americana" de Copiapó, donde refuerza su concepción en pro de la Patria Grande. Desde Chile, le escribe varias cartas a Urquiza, solicitándole recursos para reorganizar su fuerza y lo incita a ponerse a la cabeza del antimitrista de todo el país, pero el general entrerriano calla. Finalmente, Varela decide viajar a Entre Ríos, en momentos en que estalla la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Contrariamente a su esperanzas, Urquiza declara que acompañará la decisión del presidente Mitre e intenta movilizar sus hombres, pero éstos se le rebelan en los desbandes de Basualdo y Toledo. Circulan versiones en el sentido de que Varela y López Jordán habrían incitado al gauchaje a desertar, pero no ha podido probarse esa imputación. Frente a la actitud de Urquiza, Varela decide, regresar a Chile.

Poco después, estalla la "revolución de los colorados" en Cuyo y entonces, el 9 de noviembre de 1866, cruza la cordillera con un pequeño contingente de 40 hombres. El 6 de diciembre lanza una proclama convocando a todas las huestes montoneras a sumarse "para defender el pabellón nacional...que ha sido vilmente enlodado por el general Mitre". En esa proclama sostiene: "Los pueblos se conmovían, se agitaban tumultuosa pero sordamente, llorando su libertad perdida... El General Mitre, entre tanto, redoblaba su presión y su energía, infundiéndolo el terror y el pánico donde quiera, lanceando por centenares a ciudadanos pacíficos y cometiendo toda clase de excesos en las personas de aquellos que creía no partidarios de su política... Entonces, creí un deber mío, como soldado de la libertad, unir mis esfuerzos a los de mis compatriotas, invitándolos a empuñar la espada para combatir el tirano...Basta de víctimas inmoladas al capricho de mandones sin ley, sin corazón y sin conciencia. Cincuenta mil víctimas hermanas, sacrificadas sin causa justificable, dan testimonio flagrante de la triste e insoportable situación que atravesamos. ¡Atrás los usurpadores de las rentas y derechos de las provincias! ... ¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas".

La revolución de los colorados logra mantenerse durante unos meses, pero el primero de abril de 1867 las fuerzas de Juan Saa y Juan de Dios Videla son derrotadas en el paso de San Ignacio. Por su parte, Varela, dispuesto a enfrentar a las fuerzas mitristas lideradas por Taboada, dirige sus fuerzas la estancia Las Mesillas, donde le han informado que encontrará agua suficiente para refrescar a su tropa y a sus caballos, pero la información es falsa y no tiene otra alternativa que dar combate, con hombres insolados y caballos sedientos, contra fuerzas mucho mayores de las que él ha calculado. Ese fatídico 10 de abril de 1867, el caudillo montonero es derrotado en Pozo de Vargas. La tradición popular recuerda ese hecho, de este modo:

Vidita de mi vida  
Pozo de Vargas  
la guerra se ha perdido  
por falta de agua.

O mejor aún, explicando la diferencia de armamento:

Lanzas contra fusiles  
Pobre Varela  
que bien pelean sus tropas  
en la humareda.

La tradición oral recoge asimismo este recuerdo: una bandera roja y blanca, rasgada y manchada de sangre, queda sobre el campo de batalla: "¡Federación o muerte! ¡Viva el General Urquiza! ¡Mueran los negreros que la combaten! ¡Viva la Unión Americana!"

Derrotado, Varela repliega sus fuerzas, pero sin embargo, al poco tiempo logra reorganizarlas y en agosto de 1867 reaparece nuevamente, provocando la ira de Mitre quien protesta ante Chile y Bolivia por los apoyos dados al caudillo catamarqueño de la Unión Americana.

Varela por su parte, derrota al coronel José Frías y logra sitiar Salta. Antes de entrar en la ciudad, "el facineroso y sangriento" Varela intima al gobernador Sixto Ovejero para que se rinda, evitando la lucha dentro de la ciudad que provocaría muchas víctimas. El gobernador se niega y el 10 de octubre de 1867, Varela y sus fuerzas ingresan en la ciudad, naciendo así la leyenda negra de la toma de Salta:

Mañana del 10 de octubre de sangre  
por culpa de él

Ante fuerzas mayores que lo cercan, Varela se retira a Jujuy y desde allí ingresa a territorio boliviano. Solicita asilo: "Le hablo a usted con la claridad del hombre que defiende los derechos de Sud América...". Pero, poco después, este caudillo, casi sin recursos y con apenas 200 hombres, vuelve a la lucha: el primero de enero de 1868 lanza un nuevo Manifiesto donde se define "como todo argentino de corazón y sobre todo los que no somos hijos de la capital, que hemos estado siempre del lado del Paraguay en la guerra que por debilitarnos, por

desarmarnos, por arruinarnos, le ha llevado Mitre a fuerza de intrigas y de infamias contra la voluntad de toda la nación entera, a excepción de la egoísta Buenos Aires".

La montonera derrotada reaparece una y otra vez, como por milagro, pues el apoyo popular la reorganiza cuando se dispersa y le infunde nuevos bríos ante las derrotas.

Pero el 12 de enero de 1869, Varela es derrotado por las fuerzas centralistas al mando de Pedro Corvalán en Salinas de Pastos Grandes... debiendo regresar a Bolivia. Luego pasa Chile y desde Copiapó le escribe a su compañera: "Nada puedo mandar, dispéñeme, estoy pobre, no se agravien conmigo..."

Ya está tomado por la tuberculosis. Su salud decae. Los últimos meses permanece postrado, casi sin recursos.

El 7 de junio de 1870 fallece. Al día siguiente, es enterrado en el cementerio de Tierra Amarilla, pequeña aldea cercana a Copiapó, en el norte chileno. El cónsul argentino en esa ciudad, le comunica al embajador: "Este caudillo de triste memoria para la república ha muerto en la última miseria, legando solo sus fatales antecedentes a su desgraciada familia". Los textos escolares y las canciones folklóricas bendecidos por la clase dominante, harán el resto.

(N. G.)

Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo L. *Felipe Varela contra el Imperio Británico*. Sudestada, ob. cit.

Chávez, Fermín. *El revisionismo y las montoneras*. Theoría, Buenos Aires, 1966

Bazán Raúl, Guzmán Gaspar, Pérez Fuentes Gerardo y Olmos Ramón R. *Felipe Varela, su historia*. Plus Ultra. Buenos Aires, 1975

Galasso, Norberto. *Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana*. Crisis, 1973 y Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1993.